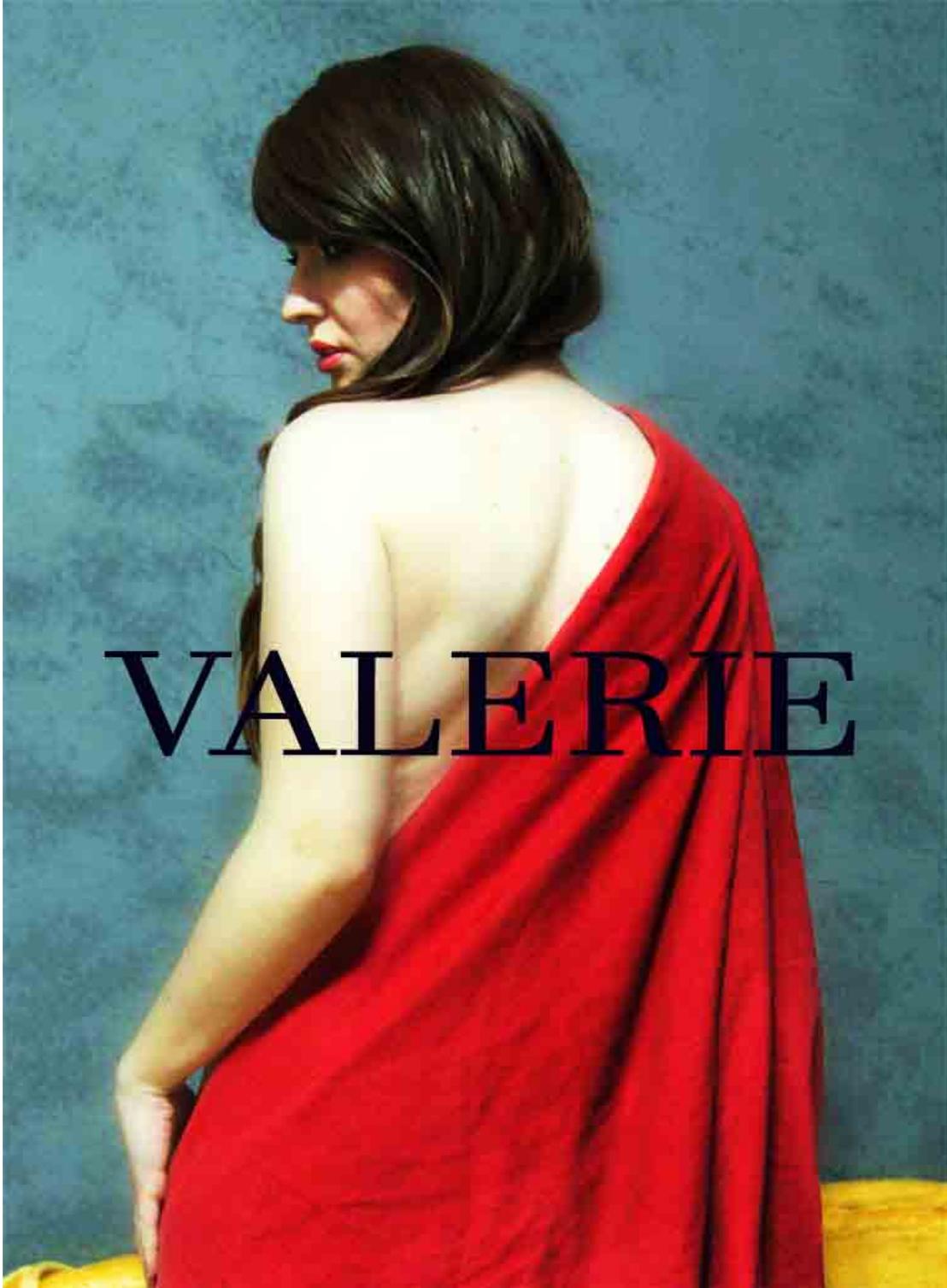


Valerie

Hope



Capítulo 1

VALERIE

El calor hacía que la arena tuviese un semblante casi volcánico, o incluso tórrido.

La bruma que de ella ascendía quemaba la piel al instante, una bruma que hacía añorar la neblina que cubría las sandalias cuando caminaban por zonas húmedas o frías del resto del mundo y que en algunos momentos tanta intranquilidad producía.

Las tropas estaban formadas a la espera de la revisión del centurión. Puntual como siempre comenzó una revista aún más concisa y pormenorizada si cabía. Gladius afilada y cuidada, grebas bien puestas y en perfecto estado; y por último, un golpe al scutum, finalizando así la revisión individual de cada uno de sus legionarios, dándoles el beneplácito para el siguiente avance de la formación.

Sparsus era respetado y temido por sus hombres y por el enemigo. Admirado por su inteligencia en batalla y fuera de ella. Admirado por su templanza, que algunos decían había recibido de los mismos dioses, al igual que su resistencia y dotes de mando. Por esto, además, el centurión había sido nombrado hace pocas fechas administrador de la guardia pretoriana y hombre de confianza del cónsul Celterio Sulpicio Varo.

Cuando solo restaban dos legionarios a los que dar el visto bueno para romper filas, intuyó entre los escudos de las últimas filas el paso de lo que era una tela transparente de color rojo, una de las que llaman sedas y que ondeaba por el viento ardiente al ritmo del paso ligero de su portadora. Desvió la mirada de su legionario e intentó vislumbrar a la culpable de esa pequeña distracción que había ocasionado en su quehacer diario para con sus tropas. Su cuerpo le pedía que siguiese a la mujer que portaba ese vestido rojo sangre, pero su cerebro retuvo el itinerario de dicho objetivo y, ciertamente molesto porque su distracción hubiese sido vista o acertada por algún inferior, ordenó firmemente la disolución de la centuria.

Mientras se secaba el sudor de su frente, un pequeño mensajero del consulado se acercó a él entregándole marcialmente un delicado papiro con un mensaje de Celterio.

Secó sus húmedas manos con un trapo que, seguidamente, pasó por su rostro y tras dejar el cassis sobre su soporte, tomó el pergamino e hizo

salir a todo el mundo de su tienda mientras se centraba en lo escrito.

«Te espero en mi casa, tenemos que hablar» Sparsus tomó un baño en las termas y se aseguró de que su cuerpo estuviese al menos a la altura en limpieza y olor para compartir tiempo con la clase alta de la ciudad.

Allí pudo quitarse de encima toda la arena y mugre acumuladas durante las jornadas de reconocimiento de la frontera. Aunque eran tiempos de paz, nunca se podía estar seguro al cien por cien. Tras un espacio de tiempo relativamente corto, hizo acto de presencia en casa del cónsul.

Celtero estaba sentado mirando al horizonte con una pequeña copa de mulsum y sonrió al escuchar los pasos de su fiel centurión.

—Sparsus, hijo, acércate que vea si has vuelto de una pieza.

Sparsus se cuadró frente al cónsul, y golpeo su pecho izquierdo con el puño derecho como era costumbre militar. Seguidamente se inclinó y besó el anillo que daba poder y honor a la casa de su anfitrión.

—Esta noche tenemos una cena importante. Mi hija por fin ha decidido vivir en Roma conmigo. Deseo que la conozcas, ya que deberás velar por su seguridad, como si fuese yo mismo, hasta su enlace con mi sobrino Marcus Ovidius.

—Sparsus asintió con la cabeza y pidió permiso para poder retirarse.

—No, detente. ¿Es que piensas marcharte sin contarme los pormenores de la última escaramuza? Voy a terminar por prohibirte hacerlas, gruño Celtero.

Sparsus sonrió entre dientes y comenzó el relato de la última escaramuza, como las llamaba el viejo Celtero, mientras paseaban por el exterior de su palacio.

El calor parecía no dar tregua alguna. Miró al cielo, pero no parecía que fuese a llover en un largo periodo de tiempo. Resignado empezó a caminar sintiendo como las grebas marcaban a cada paso las huellas de batallas anteriores. El cansancio hacia mella en él, pero el día aún no había acabado y debía acompañar a su mentor esta noche. Ya dormiría en otro momento.

De repente una joven de cabellos negros como la noche chocó contra su armadura.

Instintivamente una de sus manos sujetó a la joven, mientras la otra acariciaba la empuñadura de su espada. Logro sujetarla antes de que cayera al suelo y a lo lejos escucho a un tendero maldecirla. Sparsus elevó

su mirada hacia donde provenían los gritos e injurias y la clavó en el hombre en cuestión. Este se detuvo en el acto y se quedó petrificado contemplando la escena, sin saber en ese momento que hacer. Ella se limpiaba el polvo de su vestido y fue entonces, al mirarla mejor, cuando se dio cuenta de que aquel trozo de tela rojo que lo había distraído durante la revista de las tropas, era el vestido de aquella dama. La joven aún permanecía sujeta de su brazo derecho por la mano del centurión, cerrado sobre él como un cepo para cazar alimañas. Entonces la soltó.

Ella intentó agradecerle su ayuda mientras recogía unos dátiles rellenos de piñones y frutos en miel y unos albaricoques que se habían caído al piso durante la carrera. La gente pasaba por su lado casi sin mirarla. Sparsus le tendió su mano y le preguntó si podría acompañarla. Ella negó con la cabeza al mismo tiempo que le ofrecía dátiles. Aquel gesto de inocencia sorprendió al centurión, ya que no estaba acostumbrado a muestras de afecto.

—¿Me llevas a ver el mar? —dijo la joven con la boca llena mientras lo miraba con gesto inocente.

Sparsus frunció el ceño y se quedó estupefacto pensando si aquella joven no sabía cómo se las gastaba un soldado pretoriano. Tanta confianza hizo dudar al centurión, que por un momento estuvo a punto de ceder a la petición, casi sin recordar que tenía quehaceres antes de que llegara la hora de la cena.

—Tengo una idea mejor, te acompaño a casa antes de que saquees medio foro, un cuarto del mercado y a mí me quiten los privilegios militares y ejecuten por socorrer a un ladrón.

La joven asintió con la cabeza y empezó a caminar. Sparsus la siguió viendo como se le iban cayendo dátiles a cada paso que daba. No pudo contener una risa casi inaudible imaginando cuantos kilos de fruta podía tener ocultos en un cuerpo tan ínfimo.

Frenó de repente y se lanzó de lleno a beber agua de una fuente cercana a la plaza central. El soldado se quedó parado a su lado. De repente notó como un chorro de agua impactaba contra su cara. El barro que se había formado en su piel le resbalaba hasta la boca haciéndole torcer el gesto de asco. La muchacha reía a carcajadas. El centurión se enfadó por un segundo, pero le pareció de lo más divertido, sobre todo oír reír a aquella hermosa joven. Era, incluso, mejor que la deliciosa canción que canturreaba hace un momento. Sparsus agarró a la mujer con semblante de enfado y la lanzó de forma delicada al fondo de la fuente. Las carcajadas resonaban en las paredes de las casas. De repente dejó de reír al ver la cara de enfado de la ella, sentada dentro del agua, escupiendo chorros de la misma. Al levantarse, la cara de estupefacción de Sparsus fue histórica. Se le marcaban las curvas con aquel vestido de gasa

mojado, que hacia resaltar sus pechos y las gotas restantes resbalaban sensualmente por sus brazos y espalda.

Él le ofreció la mano para ayudarla a salir del agua. Ella la agarró con fuerza y ayudándose de sus pies, apoyados en la fuente, lo empujó adentro con ella.

Sparsus cayó de boca en el agua, apoyó sus manos en el suelo, levanto su cuerpo y mientras el agua caía por su cara respiraba profundamente para no atravesar a esa dama con su gladius.

La risa de la joven se escuchaba en media plaza mientras él hacia un esfuerzo sobrehumano para no perder la calma ante tal ofensa. Por mucho menos, muchísimo menos, sus enemigos eran cercenados. Se levantó despacio. Ya de pie, con los brazos en jarras, miró a la mujer con el ceño fruncido. Ella se acercó lentamente y le limpió las gotas que le caían por la frente. Él se estremeció al notar las manos tan suaves. Con un solo gesto la agarró por la cintura y la pegó contra él. Mirándola fijamente a los ojos, se aproximó lentamente a sus labios, rozándolos con los de ella. Mientras se fundían en un cálido y delicado beso, de fondo, se escuchaba a la gente murmurar. Ella se despegó de un salto, le asestó una bofetada que resonó en media plaza y salió corriendo.

Cuando Sparsus consiguió asimilar lo que acababa de ocurrir, ya había caído la noche. Caminó hacia su casa, mientras se tocaba la cara, justamente donde la mano de la joven dama había dejado su huella al abofetearlo. ¿Por qué no había reaccionado como el centurión que es? Se preguntaba al mismo tiempo que le preguntaría su amigo como aparecía empapado en su casa. Sonrió para sí y se encaminó al palacio del cónsul.

Durante el escaso trayecto que separaba el mercado y el fórum de la de su destino, no dejaba de pensar en la muchacha. Cerró los ojos con fuerza para distraer ese pensamiento irracional y centrarse en su cometido, el de velar por la seguridad de la hija de Celterio, su mentor cónsul y sobre todo amigo.

En este tipo de reuniones él siempre se quedaba a un lado, pero vigilando de cerca cada movimiento extraño o vulgar de algún asistente. Cada paso que daba Celterio era controlado a la precisión por Sparsus. Dedicaba la mayor parte de la noche a acariciar la empuñadura de su arma y a echarse algo a la boca cuando pasaba cerca de las mesas llenas de comida y bebida. No se podía permitir pararse un segundo a disfrutar del sabor de los manjares o sí podía, pero su mente de guerrero le instaba a salvaguardar todo lo que quería o amaba. Así que, un segundo de distracción ya fuese para alimentarse, le podía costar la reputación que con tanto esfuerzo le había costado labrarse.

Una dama de avanzada edad tropezó contra él al girarse esta para alcanzar comida de la mesa. El centurión se disculpó ofreciéndose a recoger del suelo todo lo que se le había caído. Al levantar de nuevo la vista encontró una cara mucho más joven y sonriente que le hizo una mueca de burla y le susurró:

—¡Booo! Sparsus abrió los ojos hasta el límite. Frustrado por la escena y agarrando con fuerza la empuñadura de su arma, la cual tenía varios centímetros fuera de su funda, se caracterizaba por muchas cosas, pero la rapidez era innata en él. Cuál fue su sorpresa al ver el rostro que hacía pocas horas lo había bofeteado con rabia, que le sudaron las manos haciendo un sobreesfuerzo para no apuñalarla allí mismo.

La joven dama se apoyó sobre las puntas de sus pies y se acercó al oído del centurión susurrándole:

—Perdona mi insolencia. No debí ni haberte mojado ni abofeteado Ahora tú me pides disculpas a mí por besarme.

Se apartó, relajando sus pies, quedando a la altura del pecho de Sparsus. Este arqueó una ceja y mientras sonreía, cosa que le costó las energías de casi todo lo que había comido, le dijo con prepotencia:

—Yo solo me disculpo ante mis superiores. No creo que esa sea tu condición.

Cuando la joven frunció el ceño y se dispuso a hablar, la voz de Celterio la interrumpió.

—Gracias por venir esta noche a acompañarme en el recibimiento de mi única y adorada hija Valeria.

Celterio alargó la mano hacia la dama que se encontraba al lado de Sparsus. Ella sonrió y se acercó con paso firme pero grácil. Agarró la mano de su padre y miró a los asistentes que admiraban su belleza. Los ojos de los hombres se perdían en las largas piernas, perfectamente torneadas, que el largo vestido rojo de gasa insinuaban. Las mujeres no podían dejar de mirar cada uno de sus mechones de pelo negro que caían por encima de sus hombros y que se escapaban de un recogido adornado con pequeñas flores blancas. No había joyas en sus manos ni en su cuello. Solo un par de pendientes de pequeñas dimensiones que brillaban sutilmente por la poca luz que bañaba la estancia.

Sparsus, lejos de parecerse a los hombres o a las mujeres que inundaban la sala, se quedó petrificado por la insolencia que acababa de cometer.

La joven le sonrió de forma burlona, como recriminándole lo que acababa

de hacer y él tragó saliva al recordad lo ocurrido esa misma mañana.

—Tú no puedes tener las manos y la boca quieta, loco romano —se dijo a sí mismo.

De repente la sala estalló en un aplauso cuando Celterio y su hija se movían entre el gentío. Se iba abriendo un canal de gente en dirección a él y, en segundos, Celterio y Valeria estaban a su altura.

—Sparsus, hijo, te presento a la pequeña Valeria. Es posible que no te acuerdes de ella, pero de pequeño, tú ya la cuidabas.

Sparsus hizo una leve reverencia a la joven dama, que lucía más espectacular que por la mañana. Ella se acercó a su padre y le susurro algo que no logró alcanzar a oír.

Celterio añadió:

—Sí, mi pequeña. Él será quien cuide de ti hasta tu boda.

Siguieron caminando y saludando a la gente que se agolpaba a su alrededor. El centurión se quedó unos segundos más en estado de shock. Recuperó el habla justo para ordenar a sus hombres máxima alerta en toda la estancia mientras él seguía de cerca a Celterio y a su hija, con la mano pegada a la empuñadura.

Valeria miraba de reojo al centurión. Mientras le sonreía, él solo podía mirar a cada uno de sus flancos, vigilando a los dos legionarios que lo acompañaban a distancia. De repente, la muchacha se paró a degustar unos dátiles bañados en miel., Sparsus cuadró su cuerpo frente a ella mientras, con la mirada, ordenaba a los legionarios seguir la ruta junto a Celterio. Se quedó en silencio preguntándose cómo podía ser capaz de comer tanto sin engordar un gramo. Esa chica no tenía fondo. Ella lo miró con cara burlona y, con la boca llena de dátiles, intentó pronunciar algunas palabras. Parece que voy a tener dos sombras a partir de ahora, mi domina, las personas solo pueden tener una sombra.

—¡Ah! Encima contestón. Nos lo pasaremos bien.

Ella siguió caminando dos pasos por delante de él. De repente volvió a parar. Esta vez Sparsus no se dio cuenta y chocó contra ella tirándola al suelo y llevándose por delante un cortinaje de ante rojo sangre. Ambos quedaron escondidos bajo la tela tras unas columnas. Mientras él estaba preocupado por si alguien los había visto caer, ella seguía masticando despreocupada, expectante. Recordando el guantazo de esta mañana, no se atrevía a acercarse a su boca. Esa boca que le pedía a gritos que la besara. Mientras se miraban a los ojos pasaban los segundos, se dejó de escuchar el barullo de la fiesta tras las columnas. Poco a poco se

desvanecían las voces. Mientras Sparsus intentaba descifrar lo que los ojos de su protegida le pedían y si se iba a arriesgar ya no solo a un guantazo si no a la pena de muerte. Así que le susurró:

—Mi domina, si no se aparta acabaré besándola.

Ella miró a un lado y a otro en la oscuridad tras las columnas y contestó, musitando:

—¿Qué te lo impide, centurión? Sparsus agarró con una mano la cara de la dama, mientras con la otra apartaba su arma para no herirla. Acercó sus labios lentamente y se fundieron en un beso que detuvo el tiempo en la sala. Un beso que les hizo sentir una punzada en el corazón a ambos. Un beso que podría no haber acabado nunca de no ser por los gritos de Celterio llamando a su hija.

Se levantaron corriendo. Celterio apareció con el ceño fruncido mirando a Sparsus como si quisiera arrancarle la piel en ese mismo instante y servirla de cena.

Valeria se interpuso y sonriendo le dijo a su padre:

—Menos mal que me has puesto de vigilante al centurión menos torpe, padre. Casi me quedo incrustada en una de esas enormes columnas al tropezar con el telar. Deberías mandar que lo acortarán un poco. Alguien podría hacerse daño.

El centurión, aún conmocionado entre el beso y el susto, estaba petrificado cuando Celterio le dio la orden de retirarse, ya que sus servicios no eran necesarios por el día.

Sparsus se encontraba en su tienda, al final del barracón de la centuria, lavándose la cara e intentando digerir todo lo que había pasado durante el día. Pero, sobre todo, cuando cerraba los ojos lo único que veía era el rostro de Valeria. Su sonrisa, su mirada, su aire despreocupado, su pelo negro, cayendo sobre su espalda, y mojado en la fuente aquella mañana. Todo esto hizo que se despertará en él su segundo cerebro.

«¡Ahora no tío!», exclamó con la resignación de tener que aliviarse solo de nuevo, aunque, sinceramente, ya estaba cansado de ello. Aunque echaba de menos a una mujer, nunca usaría ninguna para ello. Él no era como sus legionarios. Él había recibido una estricta educación la cual conllevaba al respeto a las mujeres. No su uso como mercancía.

De repente las cortinas de su tienda se abrieron. Él agarró el primer objeto punzante que encontró a su paso hacia las puertas. Agarrando al intruso del cuello y amenazándole con el cuchillo, dos codazos en las costillas le hicieron darse cuenta que no era un hombre, ya que podría

haberlo tumbado. Pero aquellos golpes estaban muy lejos de poder dañarlo, por lo que soltó al intruso y vio que era Valeria. De nuevo, con su vestido rojo semitransparente y el pelo recogido, dejando caer mechones al azar por sus hombros, como si hubiese salido corriendo de algún sitio.

—¿Te ha visto alguien? — fue lo primero que preguntó ante el miedo de que hubiesen visto entrar a una mujer al campamento que no fuese una esclava.

—No, soy buena escapando. Es algo que mi padre no soporta, pero me gustaría ver y conocer mundo antes de casarme —dijo mientras tocaba todos los enseres que Sparsus tenía colocados por la tienda, mientras él iba quitándosela de las manos y colocándolas de nuevo en su sitio.

—Si tu padre te encuentra aquí, ¿sabes que me puede pasar? Ella abrió los ojos muy grandes. Con voz de sorprendida con un movimiento grácil respondió: —No. ¿Qué?

—No te hagas la inocente. Lo sabes perfectamente —dijo Sparsus con voz autoritaria—. ¿Qué quieres? Cruzó los brazos y ella miró cada línea que se le marcaba en ellos, mientras se mordía los labios.

—Quiero acabar lo que empezaste esta mañana. I quedó petrificado. En segundos se le pasó por la cabeza mil formas de morir si alguien lo viese besarla, mil formas de tortura que el mismo hubiese utilizado con quien se atreviera a besar a su protegida, la misma que se casaría en dos lunas. Pero la deseaba, desde el mismo momento en que ese trozo de tela rojo distrajo la revisión de las filas aquella mañana. El fuego crepitaba tanto dentro como fuera de la tienda. Se escuchaban pasos de legionarios fuera, sabía que ninguno de ellos entraría sin avisar antes, pero aun así no podía evitar sentirse nervioso. El corazón palpitaba más rápido que el crepitar de los maderos al fuego. Ella se había quedado quieta y apoyada en uno de los palos que sostenían la tienda esperando la decisión del centurión.

Mientras esperaba, de entre sus manos, apareció un olisbo de madera con un tallaje exquisito y muy realista al miembro masculino. Sparsus frunció el ceño y sonrió acercándose a una vasija de aceite, le guiño un ojo.

Dio un paso decisivo, no sabía bien si hacia su muerte o felicidad, de lo que si estaba seguro era que deseaba besar a esa mujer bajo pena de muerte. Se acercó a ella con la decisión con la que daba órdenes a sus hombres cuando entraban en batalla. Le agarró la cara con las dos manos y la besó tan dulcemente que a ambos se les paró el corazón. Sparsus notaba cómo su virilidad iba en aumento, cómo a cada roce de su lengua con la de ella, el deseo de poseerla era cada vez más fuerte. Sin dejar de besarla bajó una de las manos hasta su cintura y la apretó contra él. De la garganta de Valeria solo salió un leve gemido de aprobación a lo que él estaba a punto de hacer. La posó en la cama muy sutilmente, y deslizó

por su hombro la tela roja del vestido que lo había vuelto loco durante todo el día. Bajo él, estaba completamente desnuda. Aquellos pezones que esta mañana solo se insinuaban cuando el agua los había mojado, ahora erectos al aire lo habían mareado de placer. Deslizó todo el vestido hasta dejarla completamente expuesta. Sabía perfectamente que Valeria era virgen, así que no pudo evitar preguntarle qué iba a pasar cuando viesen que ya no lo era. Ella sonrió y susurrando le dijo:

—Las mujeres sabemos hacer y engañar mucho mejor que los hombres.

Él volvió a besarla, bajando por su cuello, pasando su lengua por cada centímetro de su piel, mientras ella arqueaba su cuerpo y gemía de placer. Jugaba con sus pezones cuando notó la suave mano de ella agarrar su miembro. La miró a los ojos y sin mediar palabra la penetró lentamente. Mientras ella arañaba sus brazos y arqueaba su cuerpo cada vez más, las piernas rodearon al centurión. Él dejó atrás sus demonios de posibles torturas y se entregó por completo a ella. Supe que serías para mí desde el momento en que te vi pasando revisión a tus legionarios —le dijo Valeria mientras él seguía embistiéndola con suavidad. No se imaginaba que ella ya se había fijado en él antes del robo de los dátiles. No dijo nada, solo la beso como si se fuese a acabar el mundo.

Mientras saboreaba cada embestida se hizo con el olisbo y lo cubrió de aceite. Con suavidad, como cuando se masturbaba en la soledad de su tienda, cuando los demás bebían. Ella lo miró de reojo y apartó sus nalgas con ambas manos, él sabía que era la orden que necesitaba para darle también placer anal. Introdujo el falo poco a poco mientras ella daba pequeños e intensos gemidos de placer, hasta que todo el juguete estaba dentro. Él embistió con más fiereza al notar la presión en su miembro.

Cuando sucumbieron a los placeres sexuales, ella apoyó su cabeza sobre su pecho dibujando con sus dedos sobre las cicatrices. Él la abrazó con fuerza, para que no se le escapara ni un segundo de ella. Apretando fuerte los dedos para que ninguna rendija dejara escapar ni poco de su olor, ese olor que lo estaba volviendo loco, jugueteó con su pelo.

—¿Te duelen? —él acarició su mejilla con delicadeza y respondió— Solo cuando se crearon. Pero no tanto, como la que dejaras en mi corazón el día que te cases.

Ella suspiró y le contó que no quería hacerlo. Que ni tan siquiera conocía a quien iba a ser su futuro marido. Que su padre lo había elegido por el bien de la familia. Ella quería luchar, ver mundo, defender Roma con su vida, pero nació mujer y no se le conceden esos privilegios. En ese momento comenzó un debate sobre la guerra, los buenos, los malos, enseñanzas sobre la misma. Pasaban los días y entre besos y sexo Sparsus la enseñaba a blandir una espada, a cercenar al enemigo o moverse y a defenderse de cualquiera que quisiera hacerle el más mínimo daño. A

Celterio no le gustaban nada esas clases, pero mientras ella estuviese entretenida y protegida por Sparsus, no se negaba a ello. Sabía que no le iban a servir de nada en cuando su mano se uniera a la de su esposo.

Las horas próximas al enlace las pasaron haciendo el amor en la tienda del centurión. Realizando promesas que nunca se cumplirían. Ambos sabían cuál iba a ser el destino final. Su padre jamás la dejaría estar con Sparsus, la boda era inminente y al centurión se le encogía el alma cuando pensaba que en pocas horas iba a perderla. Se amaban, no había duda. Ambos sentían lo mismo, ambos querían estar juntos, pero esta reencarnación no había querido que pudiesen llevarlo a cabo. Se prometieron seguir iéndose, amándose. Pero ¿cuánto iba a durar eso? Al nacer sus hijos, bastardos seguramente, no podía dejarla sola cuando se fuese a luchar. ¿Qué sería de ella? Muchas dudas, muchas preguntas que ninguno podía darles respuesta.

Ella se levantó lo beso por última vez antes de convertirse en una mujer casada y salió de la tienda a hurtadillas. Él la agarró del brazo, la miró a los ojos y le dijo con voz firme:

—Cuando salgas por esas cortinas, no volverás a verme. Siempre estarás en mi corazón, siempre te amaré, pero jamás volverás a verme.

Ella lo miró y las lágrimas brotaron en sus ojos al oírlo, al sentir como su alma se despedazaba y su corazón se paraba por momentos. Sabía que quería decir, sabía que no era una despedida porque se iba lejos o porque iba a desertar. Era mucho peor, solo mirarlo a los ojos lo entendió todo, todas sus palabras cobraban sentido.

Del otro lado de las cortinas una mano agarro el brazo de Valeria y tiro de ella hacía afuera, sus ojos se abrieron como platos cuando vio a su padre, allí de pie apretando su brazo cada vez más fuerte.

—Sparsus, ¿esta es tu forma de cuidarla, de mantenerla lejos de maleantes y protegerla?

—Lo siento, Celterio.

—Mi señor, despojo, dirígete a mí como señor —reclamó el cónsul. Sparsus se arrodilló para disculparse ante él. Levantó la cabeza un instante mirando a Valeria y dijo sin titubear:

—La amo, mi señor, la amaré hasta el final de mis días y aún después seguiré amándola.

—El final de tus días ya llegó —dijo Celterio, ordenando con la cabeza a un legionario. Este se acercó con rapidez al centurión y allí mismo, sin pensarlo, sin que le temblara la mano, le cortó la cabeza, la cual rodó

hasta los pies de Celterio. La bruma se deslizaba por el cuerpo decapitado e inerte del centurión, rodeándolo como un manto, como unos brazos que le daban consuelo a su soledad y tristeza.

Valeria no podía hacer otra cosa que gritar y llorar mientras dos legionarios la agarraban impidiendo que se acercara a su centurión. Ante el inesperado final, hubiese preferido que se suicidara como tenía intención hacía unos instantes, a que muriese con tal deshonor, por su culpa. Se enamoró, no pudo evitarlo, y en toda su vida volverá a sentir odas las emociones que Sparsus le hizo sentir en dos días. Todos los besos, las conversaciones, cuando sus manos se rozaban al entrenar. Fue en ese momento cuando recordó las instrucciones de Sparsus, agarró la gladius de uno de los legionarios y pasó el filo destelleante por su garganta, aquella garganta que había besado el centurión tantas veces. La sangre brotó de ella como el agua de la fuente donde habían jugado por primera vez. Valeria cayó al suelo y en un último esfuerzo acercó su mano a la de Sparsus agarrándola con fuerza, mientras Celterio maldecía a todos los dioses por haberse llevado a su hija. Lo que en realidad le enfadaba tanto era que se hubiese quitado la vida por un legionario.

Todo el campamento se quedó en silencio. Los legionarios se miraban los unos a los otros. Al paso de Celterio agachaban la cabeza y disimulaban su desconcierto al ver que su cónsul no mostraba ni un estibo de tristeza, solo furia y rabia.

El cuerpo de Valeria fue llevado junto a su padre para hacerle un funeral digno, el cuerpo y cabeza de Sparsus fueron quemados fuera del campamento.

Un legionario escribió una leyenda en la madera al lado de donde ardía el cuerpo de su excomandante: «En la batalla Sparsus era nuestro padre y maestro. Su templanza te hacía creer que podía ser un semidios. Confiaría mi vida a su gladius hasta el fin de mis días.» gusto de 2015 Estaba en la estación mirando mi móvil, revisando correos electrónicos mientras esperaba el tren, la aglomeración de gente hacía que el ambiente estuviese muy cargado y el calor fuese insoportable, era hora punta, el correr de la gente me agobiaba bastante, pero si no cogía ese tren no llegaba a tiempo al trabajo, dos empujones me hicieron moverme unos centímetros a mi derecha, nunca discutía ni me enfadaba por ello, ya que seguramente yo en algún momento habría empujado a alguien al llegar tarde.

Anunciaron la llegada del tren, casi no se distinguía la megafonía, pero por la hora debía ser el que todos esperábamos, apague mi móvil, lo metí en mi bolsillo y alce la vista para encontrar un hueco entre la gente para poder subir, cuando vi salir corriendo de la cafetería a una mujer con

abrigo rojo.

El camarero iba detrás de ella gritando:

- ¡Se ha ido sin pagar! Detenedla - Entró rápidamente en el tren que acababa de hacer la parada, sonrojada me sonrió y nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos mientras el tren arrancaba y ella miraba a ambos lados, no sé si buscando un sitio donde sentarse o al guardia de la estación y entonces observe que guardaba algo rápidamente en su bolsillo.

-Me guardo esto para el almuerzo, luego me da mucha hambre y devoro las piedras- Se apresuró a decir como justificando su robo mañanero.

El corazón me latía más rápido de lo normal, sus ojos brillaban con la poca luz del sol que entraba por las ventanillas del tren, sus labios rosados con textura de hoja de flor, suaves y carnosos pedían que los besara, sin embargo, lo que me llamó muchísimo más la atención fue su cicatriz en la garganta, no llevaba collar por lo que se podía ver sin mucho esfuerzo.

Ella se dio cuenta de lo que miraba y se apresuró a su explicación mientras se tocaba la garganta con dos dedos.

- Es de nacimiento, no te vayas a penar que soy una loca de esas que van intentando suicidarse-, sonrió y sus labios aún eran más agradables, yo sonreí y tartamudeé al intentar decirle que no había pensado en eso en ningún momento.

- ¿Te apetece que compartamos el almuerzo que me ha regalado ese señor tan griton? Preguntó ella sonriendo, en ese mismo instante supe que mi alma se había fundido en sus ojos para siempre y no quise separarme de ella jamás.

-Por cierto, me llamo Valerie-.

Barcelona, 17 de octubre de 2015

Gracias a **@somosteampato** por animarme a publicarlo, seguramente aún estaría en una carpeta en el ordenador si no fuese por ellos.

Gracias: Jorge, César, María, Estrella, Toni, Óscar y Lorena por ayudarme a su corrección.

Sois los mejores.